



DAVID AIROB

El escritor norteamericano David Vann, hace unos días en la sede de Ediciones Alfabet

David Vann encara el suicidio en su novela 'Sukkwan island', premio Medicis 2010

Mirando al padre sin rencor

ALEX TORT
Barcelona

Todo es peculiar en David Vann, tanto a nivel personal como su novela, *Sukkwan island*. Tuvo que cargar con el suicidio de su padre durante la adolescencia y buena parte de su madurez; la isla, Sukkwan, perteneciente al estado de Alaska, la pinta con paisajes frondosos y fríos, con un halo misterioso, tomando lecciones de Cormac McCarthy (premio Pulitzer de ficción en el 2007); el ritmo y la trama del relato devienen sorprendentes. E incluso la portada que le dedica en la edición en castellano Ediciones Alfabet es singular: un salmón, que la mancha de sangre, salpicando el lomo y la contraportada.

“Cuando releí el libro entendí que a la gente podría parecerle una especie de venganza contra mi padre”. No se engañe el lector, David Vann (Adak, Alaska, 1966) no ha escrito una *Carta al padre* kafkiana. Lo suyo es todo lo contrario, “un intento de traerle a la vida de nuevo, de no olvidarle nunca”, confiesa. “Después de treinta años de su suicidio todavía le quiero muchísimo. Tuve mucho rencor, sí, pero se ter-

“Dos semanas después de proponerme ir a vivir una temporada con él, mi padre se pegó un tiro en la cabeza”

minó”. Y añade: “Le echo de menos y desearía que estuviera aquí. Escribiendo esta novela, sólo intenté entenderle, estar junto a él”.

Pues bien, en *Sukkwan island* Vann afronta el suicidio de su padre. Este le pidió, cuando el autor contaba trece años, que volviera a vivir con él una temporada en esa isla, pero David prefirió quedarse en California, donde residía con su madre. “Dos semanas después se pegó un tiro en la cabeza. Me

sentí muy culpable y a veces pienso que si hubiera ido con él quizá no lo hubiera hecho”, comenta para *La Vanguardia*. Ahora bien, el devenir de la novela es sorprendente y uno podría decir que le guarda cierto rencor, pero Vann lo justifica: “El proceso de elaboración de la novela estuvo fuera de control, inconsciente. Estuve improvisando. ¡Yo mismo me sorprendí del transcurso de la historia del libro! Pero sin duda es lo que quería escribir”.

La novela trata de eso precisamente. Jim, un dentista venido a menos, se lleva a un treceañero Roy (alter ego del escritor) a una remota isla de Alaska (esta vez el hijo dice sí...) con la intención desesperada de reconducir su vida, a costa de su hijo, tras fracasos constantes, primordialmente matrimoniales. El progenitor se muestra como una persona bipolar, que durante las noches llora en presencia de su vástago,

le cuenta sus devaneos sexuales, le pide perdón, le explica sus frustraciones, pero en determinados momentos se muestra exultante con sus pequeños y compartidos proyectos en la isla. Sin embargo, y se intuye ya con la excelente prosa de Vann, nada saldrá bien.

“Mi padre tenía mucho empuje”, explica el estadounidense, “pero las cosas no acostumbraban a salirle bien”. De hecho, Vann ya da una idea del carácter de Jim Fenn en las primeras líneas, donde emulando la creación del cielo y la tierra bíblicos termina por asegurar que el matrimonio es un infierno. En esa descripción todo se tuerce, nada termina funcionando y hay algo de amargura en ella. “Realmente no es que crea que casarse sea un infierno”, explica David, “pero estoy seguro que el principio del fin de mi padre empieza cuando se casó con mi madre porque fue rechazado anteriormente por otra mujer. Quizá tenía miedo de no encontrar a nadie más y esa es una mala razón para casarse. El matrimonio, para él, fue todo confusión. Para mí, personalmente no lo fue, pero sí para mi padre”.

Una novela de extraordinario éxito en Estados Unidos y Francia, país este último que le ha otorgado este año el premio Médicis a la mejor novela extranjera. Se le ha comparado con Hemingway, aunque toma prestados rasgos de Melville o del ya mencionado Cormac McCarthy. “Creo que sin *Meridiano de sangre* no hubiera escrito este libro”, asegura Vann. “Intenté hacer algo parecido, es decir, dedicarme exclusivamente a la descripción de paisajes, sin dejar relucir pensamientos ni sentimientos de los personajes, pero finalmente la novela es la que es”.

Quizá de todos ellos David Vann absorbió su carácter aventurero, que le llevó hace poco a intentar recorrer el mundo por mar sin escalas y sin éxito a bordo de un bote construido por él mismo. “Voy a construir mi propia embarcación nuevamente, pero esta vez haré viajes más modestos, quizá una temporada alrededor de la costa de Brasil...” admite. Un tipo peculiar, excepcional, el señor David Vann...●

Sarah Palin y su 'reality show' en Alaska

■ “La naturaleza no tiene sentido por sí misma, sólo si tú se lo das”, afirma Vann. “Así, para Palin, Alaska deviene un lugar idóneo para defender los valores tradicionales americanos de la familia. Odio lo que ella habla sobre Alaska... América es la tierra de la gran mentira: las tropas son buenas, los valores de la familia ideales... Es un esfuerzo idiota verla a ella por televisión. Parece una broma de los republicanos. Nunca ha tenido un pensamiento propio, pero va diciendo que es de pensamiento libre, pero no tiene idea alguna. Si llega a presidenta de EE.UU. se creará autorización para una guerra religiosa global. Espero no tenerla nunca como cabecilla de mi país”.

Sergi Pàmies



Luz y verdad

En los últimos años hemos asistido a una evolución natural de las luces navideñas. Nuevos modelos de iluminación, más sostenibles y ecológicos, han modificado un recurso escenográfico que, según los expertos, estimula el instinto comercial del transeúnte y dispara nuestras neuronas más melancólicas. El diseño varía según las épocas, la inspiración del artista y el consenso de la asociación de comerciantes encargada de armar este belén lumínico y colgante.

El resultado varía en función de las calles y, en Barcelona, hay quien prefiere la iluminación de la calle Aragón a la del paseo de Gràcia o la de El Corte Inglés a la de L'Illa. En general, la intención del artista es aportar eso que, para entendernos, denominamos “motivos navideños”. Ya saben: bolitas de árboles de Navidad, perfiles de abetos, siluetas de renos o de trineos, muñecos de nieve, corazones o copos de nieve ampliados reconvertidos a una geometría fácilmente identificable. En algunas calles cercanas a la plaza Francesc Macià, sin embargo, la iluminación inclina la balanza hacia un territorio explícitamente comercial: una especie de nieve a ambos lados y, en el centro, una bolsa de compra de asas. Nada de sutilezas. Nada de barbas de Papá Noel risueño ni cornamentas de alces dopados. Una bolsa de la compra de asas, con un par.

Algunas almas sensibles se muestran algo contrariadas por esta apuesta cuando, en realidad, es un acierto. ¿Para qué andarse con tonterías? Si el sentido de la iluminación navideña es estimular el consumo y crear un estado anímico que propicie el gasto más o me-

La crisis y sus abismales círculos concéntricos han transformado las malas noticias en un paisaje continuo

nos descontrolado, ¿para qué fingir? En estos momentos, la prioridad económica se eleva como una certeza que afecta a todos los sectores de la sociedad. La crisis y sus abismales círculos concéntricos han transformado las malas noticias en un paisaje continuo y, para reaccionar, se apela al consumo como una de las piedras sobre las que levantar una lenta y agónica recuperación.

Y es allí donde aparece la imaginación del diseñador que decide proponer una bolsa de asas como único elemento figurativo de determinadas calles. Es un avance. Se deja a un lado la iconografía referencial indirecta y se opta por un mensaje menos hipócrita y que podríamos verbalizar como: “Venga, gástate la pasta”. Es una línea interesante. Si logramos sobrevivir a estas fiestas y no somos arrasados por algún vendaval de negligencia política y económica, propongo que, en próximas navidades, se siga profundizando en esta tendencia gráfica y se iluminen las calles con billetes de cinco, de diez, de veinte y de cincuenta euros debidamente reconvertidos. ¿Sería una decepción para los niños? Al contrario. Algún día habrá que empezar a contarles la verdad.